



## VI

### Los Misioneros

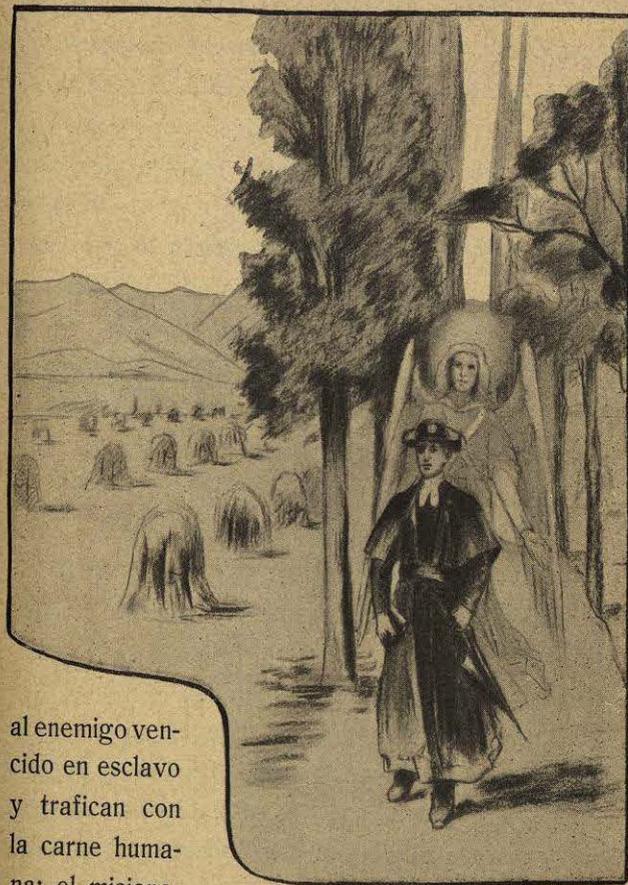
Un joven á quien profeso entrañable cariño y que, impulsado por vocación irresistible, no tardará en partir para las Misiones, me escribió, el mismo día que recibía las órdenes mayores y pronunciaba sus últimos votos, una carta en extremo conmovedora. Este amable joven, de alma noble y delicada, como he conocido pocas, me dice en su carta que dentro de algunos días, cuando, postrado como humilde y débil víctima sobre las losas del templo, se disponga á partir hacia lejanas tierras, rogará á Dios por mí en esta hora decisiva de

su vida; y me pide en cambio que le mande algún objeto mío, como recuerdo de nuestra amistad.

No esperaré el día de su partida para proclamar á la faz del mundo y bien alto hasta qué punto envidio á mi joven amigo el ardor y la sinceridad de su fe; porque aun á los ojos de un incrédulo—á Dios gracias, no es á mí á quien hoy puede aplicarse esta palabra,—un misionero siempre es admirable.

No sólo acepta el misionero en todo su rigor las reglas impuestas á los sacerdotes y á los religiosos, sino que además renuncia para siempre á su patria, á su familia, á todos sus amigos. Sin esperanza de volver jamás, se va á tierras lejanas de insalubre clima, pobladas de salvajes; se va solo é indefenso, sin más escolta que el ángel de su guarda, sin más armas que su valor y su Evangelio, á predicar la doctrina del amor, la religión del espíritu y de la sinceridad, entre los infelices que tiemblan aterrorizados ante sus ídolos sanguinarios. Con las palabras y con el ejemplo, enseña á aquellos miserables seres, entregados á la satisfacción de sus bajos apetitos, la moral cristiana, que doma los malos instintos y engendra sublimes virtudes. La guerra y el odio de tribu es el estado ordinario de aquellos desdichados: el misionero les exige que perdonen á sus enemigos y empieza por saludarles diciendo: «La paz sea con vosotros.» Nada les es más familiar que el robo y el pillaje: el misionero les inculca la caridad y el desprecio de los bienes materiales. Viven

en vergonzosa promiscuidad: el misionero les invita á gozar de las castas alegrías de la familia. Convierten



al enemigo vencido en esclavo y trafican con la carne humana: el misionero

les declara que todos los hombres son hermanos en Jesucristo y les obliga á romper las cadenas y abrir los cepos.

¡Cuántos peligros para este sacerdote lleno de dulzura, que no puede oponer más que su Crucifijo á las horribles armas levantadas á cada instante sobre su cabeza! Acaso caerá herido en la primera etapa de su cruzada apostólica, aun antes de haber logrado convertir á una sola alma. Pero ¿qué importa? Hace tiempo que consumó el sacrificio de su vida, resignándose á los suplicios y á la muerte. Es más: espera y desea esta muerte gloriosa; la acepta con alegría, convencido de que la sangre de un mártir fecunda una tierra impía mucho mejor que el agua bautismal; y seguro de que sus verdugos, testigos de su heroísmo y bendecidos por él al expirar, no olvidarán jamás el nombre de ese Dios, por cuya fe muere el misionero entre tormentos.

Hasta los que niegan la vida futura, aquellos que jamás pusieron su esperanza fuera de la tierra, á menos de que hayan perdido completamente la noción de la grandeza, habrán de sentirse, ante el misionero, sobrecogidos de admiración y respeto.

Entre mis recuerdos de la infancia ocupan ya un lugar los misioneros. En esta parte del barrio de San Germán, donde nací hace ya cincuenta y seis años y en la que vivo todavía, véselos frecuentemente, por las anchas aceras de la calle de Sèvres ó entre el barullo de la calle de Bac. Cuando era un chiquillo picaban en alto grado mi curiosidad infantil, por su aspecto completamente distinto de los demás eclesiás-

ticos. Su color moreno, su gran barba, su paso firme y decidido, su aire varonil y marcial, por decirlo así, me chocaban en extremo. Algunos ostentaban sobre su pecho condecoraciones militares, como recompensa de los grandes servicios prestados á la patria en sus remotas misiones.

De vez en cuando, ante uno de esos edificios de apariencia clerical que han desaparecido ya para dejar lugar á las invasoras construcciones del *Bon Marché*, se veía bajar de su coche á algún anciano obispo, con la cinta verde y oro en el sombrero y la cruz pastoral medio oculta por su luenga y blanquísima barba de patriarca; y corría de boca en boca, entre las comadres del barrio, el nombre del prelado forastero y el de su apartada diócesis, perdida allá en el Africa ardiente ó entre los lejanos pueblos amarillos del inmenso continente asiático.

Al contemplar á aquellos sacerdotes viajeros, yo pensaba entonces en los vastos mares y en los países misteriosos señalados en mi atlas escolar; y fantaseaba largos viajes, naufragios en las islas desiertas, peligrosas aventuras entre salvajes armados de una enorme maza y coronados por una diadema de plumas, parecida al volante de mi raqueta.

Bien ajenos estarán sin duda los buenos misioneros de haberme hecho vivir con la imaginación, durante mi niñez, veinte vidas semejantes á la de Robinson Crusoe ó á la del capitán Cook.

Recientemente he vuelto á encontrar á estos heroicos sacerdotes, entrevistados en los poéticos y soñadores años de la infancia. Los he visto en una de las horas más solemnes de su vida religiosa, gracias al joven amigo de quien hablaba antes, el cual me invitó á la conmovedora ceremonia de una partida de misioneros.

No intentaré describirla, después de haberlo hecho magistralmente Luis Veuillot, en un capítulo de su hermoso libro *Çà et là*, que recomiendo encarecidamente á mis lectores. Pero de todos modos quiero relatar brevemente la impresión que me produjo el acto, una de las más hondas que en mi vida haya sentido.

Empezó la escena en el jardín. Las altas ventanas del severo edificio parecían contemplar á los clérigos y seglares que iban entrando por los senderos guarnecidos de boj, convocados á son de batintín, de timbre bárbaro y roto. En un extremo del jardín se levantaba una imagen de la Santísima Virgen, rodeada de cirios, ante la cual oraban los diez sacerdotes que iban á partir.

Yo veía de lejos sus espaldas, que pronto se encorvarían bajo el peso de tantas fatigas, y sus cabezas inclinadas, como ofreciendo el cuello al hacha del verdugo. Cantaban la letanía, arrodillados; todos los asistentes de pie, contestaban á cada salutación: *Ora pro nobis*. Cuando invocaron á la Reina de los Apóstoles, á la Reina de los Mártires, á la Reina de los Confesores, todos caímos de rodillas sobre las hojas secas

y yo sentí que una ráfaga de estremecimiento sagrado sacudía á la multitud repercutiendo en mi corazón. Sí, todos experimentamos en aquel trance, por acción refleja y por simpatía á los jóvenes que ante nosotros hacían el sacrificio de su vida, algo de la angustia en que agonizó Jesús la víspera de su sacrificio, en la noche trágica, en las tinieblas del monte Olivete.

Mas no fué éste todavía el momento más patético de aquella solemnidad.

Al terminar la letanía, seguimos á los nuevos misioneros á la capilla austera y sin ornamentos. Sobrio y severo fué también el discurso del P. Superior, al despedirse para siempre, en nombre de toda la comunidad, de los futuros mártires. Con extraordinaria firmeza insistió en el carácter definitivo de su despedida, repitiendo una y otra vez á los viajeros que debían partir sin esperanza alguna de regreso, dispuestos á la separación perpetua y absoluta de su patria y familia. En los bancos y tribunas de la capilla estaban los parientes y amigos de los jóvenes misioneros; mas éstos, impasibles y con los ojos bajos, cruzados los brazos sobre el pecho en varonil actitud, escuchaban sin pestañear, sin lanzar un suspiro, las inexorables exhortaciones del Superior, que les pintaba su sacrificio como absolutamente inevitable.

La escena, en toda su sencillez, era terrible.

Cuando el Superior hubo terminado su alocución, los viajeros se alinearon ante el altar. Al verlos tan

serenos, tan penetrados de la grandeza de su misión, tan bien dispuestos á todas las penalidades y suplicios que un cercano porvenir les reservaba, pensé sin querer en los rehenes de la *Commune*, en los mártires de la brutalidad de los federados.

Entonces empezó la parte más conmovedora de aquella tiernísima ceremonia. Todos los presentes desfilaron uno tras otro ante los misioneros, besándoles en los pies y en las mejillas; en los pies para augurarles un feliz viaje, fecundo en conversiones; en el rostro, como prueba de amor y en señal de despedida.

Un joven poeta, amigo mío, me acompañaba. Ni uno ni otro vacilamos en cumplir el ritual, porque basta tener en el alma un resto de espiritualismo para bajar la frente sin esfuerzo ante lo que es verdaderamente grande. Ambos sentimos llenárenos de lágrimas los ojos al abrazar á aquellos soldados de Cristo, caballeros andantes de la Fe, que se despedían de nosotros con una dulce sonrisa, encomendándose á nuestras oraciones.

¡Mis oraciones! También á ellas te encomiendas, querido amigo, al alistarte con irrevocables votos en los ejércitos de la Cruz. También á ti te besaré pronto los pies y las mejillas en la solemne despedida.

¡Mis oraciones! ¡Cuánto tiempo hacía que las había olvidado! y ¡qué dolores han tenido que afligirme durante largos meses para que volviese á balbucearlas! Aun hoy, que rechazo y desprecio los viejos enigmas que atormentaban antes mi razón y tiendo ansioso las

manos hacia el Padre celestial, con sincero deseo de someterme á todos sus designios; aun hoy, á pesar de todos mis esfuerzos para llenar mi corazón de confianza y humildad, temo y presiento que más de una vez vendrá la duda á martirizarme; temo que habré de buscar consuelo muchas veces en las palabras que Pascal pone en labios de Dios: «No me buscarías si no me hubieras ya encontrado.»

¡Mis oraciones! Soy yo quien debe encomendarse á las tuyas, intrépido joven, y á las de tus compañeros de apostolado. Rezad, rezad por mí, valerosos cristianos que, queriendo imitar á Jesús, os fijáis precisamente en los días de su pasión y muerte; hombres heroicos que no he podido olvidar, desde que os vi alineados en actitud de víctimas, preparadas para la crucifixión, con las manos abiertas en espera de los clavos y alta la frente, para recibir la corona de espinas y de gloria.

